

COSÍO VILLEGAS, HISTORIADOR

¿QUÉ BUSCA DANIEL COSÍO VILLEGAS, ese hombre urbano y dispuesto siempre a levantar la cultura del país a niveles internacionales, tras la maraña política del año 1871 y la marcha fatigosa de las partidas rebeldes y de las fuerzas leales al gobierno por tantas partes; por ejemplo, “desde Saltillo a Matapulgas”, durante “la persecución en abanico”, o en “el cuarto punto cardinal”, hasta llegar al “último confín”?

No se crea que anda descuidado por esos caminos trabajosos, ya que lee las cartas y periódicos, apunta el número de los hombres, caballos y armas, descubre la trama de los movimientos, capta los matices en las voces de los actores. Cumple, en suma, tan meticulosamente su tarea de historiador político y militar, que no resistimos a la tentación de preguntarnos si para empeñar tanta atención no resulta magro el tema escogido.

Aunque sobria en extremo, la llamada que aparece al frente de este anticipo de obra* no deja de contener algún elemento para orientar la respuesta. Cosío ve en Díaz al autor de “la hazaña, sin par todavía en nuestra historia independiente, de gobernar al país durante treinta y cuatro años, y gobernarlo, además, en medio de un orden y una prosperidad material antes desconocidos” (pp. 7-8). Dentro de la reserva que impone el hecho de leer la primera entrega de una historia más vasta, parece legítimo pensar que se trata, ante todo, de un estudio del arte de gobierno en una sociedad que ha carecido habitualmente de paz y de instituciones políticas eficaces. Así planteada la empresa, comienza a cobrar ante nuestros ojos un sentido más hondo. Y resulta una promesa alentadora en esa dirección el bien logrado capítulo sobre el desenlace de la rebelión.

El pronunciamiento de La Noria no se distingue, a primera vista, de los anteriores que abundan en el siglo XIX. Un plan compuesto de quejas y promesas, rifles Remington com-

* Daniel Cosío Villegas, *Porfirio Díaz en la revuelta de la Noria*. Editorial Hermes, México y Buenos Aires, 1953; 309 pp.

prados más allá de la frontera, padrinos, compadres y amigos dispuestos a matar o a morir, oficiales por despacho, soldados "prontos a obedecer la voz de su jefe", sangre de combate y fusilamientos, asuntos de tesorería y poder unidos a declaraciones sobre la defensa de la independencia y la libertad.

En el sustancioso análisis de las opiniones de la época que lleva a cabo el autor, destaca la de Sánchez Mármol, quien ve en el documento revolucionario "una nueva edición de aquellos famosísimos planes salvadores de que se sirvió el militarismo para estrangular las libertades públicas" (p. 99); a su vez, Guillermo Prieto encuentra que "está razonado con la lógica de todos los motines" (p. 105); un periódico de Querétaro expresa el temor de que los Estados Unidos sólo aguardaban, para anexarse a México, el verlo una vez más presa de la guerra civil (p. 109).

Es aguda la observación de Cosío acerca del carácter regional, más que nacional, de los alzamientos (p. 205). Y tal vez esto contribuya a explicar el tratamiento minucioso que les concede, aunque tampoco desconoce que la ciudad de México era "el verdadero y único observatorio político del país" (p. 284). Por otra parte, es de anticipar que algunos de los pormenores van a establecer situaciones de la época en que Díaz llegó a ejercer el poder.

Como es sabido, los pronunciamientos porfiristas fueron presentados como un medio para acabar con todos los pronunciamientos. Así se justificaba la ascensión y la permanencia de la dictadura. Pero Cosío Villegas ve con recelo la solución porfirista, porque: "Dejó de creerse, por ejemplo, en la libertad como clave de la satisfacción colectiva; se antepuso la paz como bien más inmediato y la prosperidad material como bien tangible" (p. 11).

Después, sólo ha aparecido otra solución pacífica en el período posterior a la revolución iniciada en 1910. Los gobernantes se han sucedido unos a otros sin alteraciones importantes de la paz pública; ha comenzado a ensayarse un ajuste tímido del orden con la libertad; encontramos presidencias constitucionales de militares y de civiles, se ha predicado una política de elevación económica y educativa del pueblo. Las bases de este nuevo régimen o estado de cosas pueden ser todavía personales en vez de cívicas o de instituciones. Las defi-

ciencias en el orden de la libertad, de la probidad administrativa, de la democracia municipal, pueden ser evidentes; sin embargo, en todo el curso de la historia independiente de México acaso nunca haya existido un cuadro de estabilidad compatible con las mudanzas de los gobernantes que ofrezca características parecidas y una perduración mayor. Esperamos que Cosío analice alguna vez esta etapa frente a la de la dictadura de Díaz para darnos una visión equilibrada, y sin duda penetrante, como suya, de la historia política moderna de México.

Salvo algunos momentos de prolijidad, la obra se lee con interés y agrado. Encuentro en ella gran honestidad y cuidado en la investigación, abundancia de fuentes primarias, gusto para captar el sabor histórico, estilo sobrio y correcto para exponer los resultados en una narración fluida.

El juicio es más amigable hacia Juárez que hacia Díaz, ya por razones históricas, ya personales del autor. Estas últimas se hacen presentes dentro de límites discretos, como puede verse en el análisis de las afirmaciones contenidas en el plan de La Noria. Don Porfirio y Don Daniel no van a marchar siempre en la mejor de las compañías, pero creemos que el personaje y la época han atraído a un escritor de talento que contribuye a darles realce dentro de la aquilatada tradición de la historiografía mexicana.

Silvio ZAVALA

LOS TEMAS DE LA HISTORIA NACIONAL, en los últimos quince años, se han apoderado gradualmente del interés de grupos cada vez más nutridos. Lo anterior no quiere decir, por supuesto, que no hubiesen contado antes con fervorosos adeptos, pues cada historia es demasiado sugerente para carecer de ellos, y la nuestra, llena de valiosas encrucijadas, más de una vez piedra experimental de problemas de mundial alcance, es y ha sido cebo intelectual de primera fuerza.

Clásicos de nuestra historia, a partir de la Independencia, fueron Zavala y Alamán, pero la historia, en sus manos, fué arma al servicio de sus grupos respectivos, de sus banderías más o menos precarias. Que conocían la historia de México es indudable, y nadie podría dudar, además, que el uno y el

otro, en la defensa de intereses partidistas, actuaron con talento excepcional. Se les objetará siempre, sin embargo, haber convertido a la historia de México en tribuna o altavoz de esos intereses, dando así vuelos a una tradición que, al dominar durante un siglo, remató en la viciosa conclusión de que el relato histórico se fraguara a imagen y semejanza del partido triunfador. Así la han hecho secularmente los vencedores contra los vencidos. Y llenos de resquemores, movidos por todas las inquinas, la han hecho así también los vencidos contra los vencedores.

Sólo a últimas fechas ha nacido en México, bajo los más halagüeños auspicios, la investigación histórica con pretensiones de objetividad, y en testimonio, no de ese nacimiento, aunque sí de su madurez creciente, ha llegado a nuestras manos el nuevo libro de Daniel Cosío Villegas: *Porfirio Díaz en la revuelta de La Noria*, obra ayuna de bandera y de rencores, ajena a todo politicismo, con la exclusiva pretensión de precisar hechos y definir responsabilidades en torno al primer levantamiento porfirista.

Sólo alguna vez, en tal o cual frase, y más que en frases en la intención que alienta en ciertas expresiones, se patentiza el afecto del autor por Benito Juárez, y su correlativo desafecto por el futuro "Héroe de la Paz". Pero en términos generales —absolutos casi—, domina la pretensión objetiva, el ánimo de que sólo la Historia hable a través de sus hechos, comprobados en el texto, todos ellos, con escrúpulo absoluto. No conozco ningún libro de historia moderna de México que maneje la cuantía documental de que hace gala, en éste, Cosío Villegas, logrando en ese sentido una obra magistral. No sólo plantea los antecedentes más remotos del levantamiento porfirista, sino los que en una forma o en otra le resultan afines, así como los términos de su desenlace. Su valor historiográfico es inatacable, y habiendo coincidido la aparición de esta obra con otra mía (... *Y México se refugió en el desierto*), en la que un capítulo por lo menos corresponde al tema de aquélla, no tengo empacho en reconocer que, en lo tocante a las actividades de Porfirio Díaz en el Estado de Chihuahua, las afirmaciones de Cosío Villegas sobre ciertos pormenores se encuentran mejor respaldadas y deben tenerse, por lo mismo, como más próximas a la verdad.

No voy a glosar los datos y las conclusiones de este valioso libro, que sería repetir, en escasas líneas, lo que ya se dijo en nutridos capítulos. Prefiero ocuparme brevemente del método de trabajo de que se ha servido Cosío Villegas, quien ha pretendido —así lo declara en su prólogo— hacer que sea la Historia misma la que lleve a cabo el relato, sin que el autor corra el riesgo de torcer el sentido de sus elementos. Cita el credo filosófico de Fustel de Coulanges —“simple anhelo” en Cosío, según declara—, quien prohibía a su auditorio que lo aplaudiera al término de sus conferencias, ya que, como no era él quien hablaba, resultaba absurdo aplaudir a la Historia.

Pasando por alto toda la vanidad que pueda haber en esta actitud humilde en apariencia, cierto es que el sistema preconizado puede convertirse fácilmente en una espada de dos filos, pues si bien en orden al relato histórico la obra se encontraba en posición ventajosa, perderá en cambio en lo que toca a la reconstrucción viva de los hechos, presa no del ánimo objetivo del historiador, sino del despiadado apuntalaje documental que lo sustenta.

Cosío Villegas escribe bien, como lo comprueban de sobra varios de sus ensayos, y sin embargo apenas cabe hablar de estilo en este libro, víctima de los constantes entrecomillados, citas y, en general, de las exhibiciones del aparato documental de que hablamos. En el relato histórico, y sobre todo en el intento recreador de lo histórico, cada quien puede otorgar al estilo un valor diverso, y no faltará quien se incline a negárselo del todo. Mas para otros —entre quienes se cuenta el que escribe— el estilo no sólo es importante, sino fundamental: constituye la mayor garantía de supervivencia de una obra histórica, cuando la verdad, aun la que se funda en documentos, resulta luego tan cuestionable. Versando la obra comentada sobre Porfirio Díaz, no consigue, sin embargo, proporcionar una imagen viva del caudillo. Va minuciosamente tras de su huella y la de sus amigos, pero aquí también el exceso documental resta vida al movimiento de esos hombres, que en ocasiones parecen más bien fichas de archivo, como si la historia estuviese reñida con la vida.

Según propia declaración, dos fueron los propósitos de Cosío Villegas: hacer que la Historia hablara por sí misma, en primer lugar, y luego que el relato tuviera efectos de re-

creación del pasado, hasta el grado de hacer sentir al lector que él era un testigo de los acontecimientos. Desde mi punto de vista, el autor vió coronado por el éxito el primero de sus fines, y fracasó en el segundo. Se propuso que en su libro hablara la Historia misma, y lo consiguió. La historia del porfirismo, tan lastrada todavía por las pasiones cercanas, gana, con el libro de Cosío Villegas, un nuevo jalón hacia la objetividad. Pero este mismo logro, admirablemente conseguido, no puede ser visto por el escritor sino como una dolorosa victoria.